Al Sr. Lcdo. Don. Salvador Falla.
El Autor

ORACIÓN FÚNEBRE

EN HONOR DE

S. Santidad León XIII

ESCRITA Y PRONUNCIADA POR EL
PRESBITERO

FRANCISCO JAVIER TORRES

EL LUNES 7 DE SEPTIEMBRE DE 1903, EN LA
IGLESIA PARROQUIAL DE

San Juan Sacatepéquez



GUATEMALA
IMPRENTA "LA REPUBLICA."—8a. C. O. No. 3
1903



Oración Fúnebre

EN HONOR DE

S. Santidad León XIII

ESCRITA Y PRONUNCIADA POR EL
PRESBITERO

FRANCISCO JAVIER TORRES

EL LUNES 7 DE SEPTIEMBRE DE 1903. EN LA
IGLESIA PARROQUIAL DE

San Juan Sacatepéquez



GUATEMALA
Imprenta "La Republica."—8a. C. O. No. 3
1903

ORACIÓN FÚNEBRE

EN HONOR DE

S. SANTIDAD LEÓN XIII

Defunctus, adhuc loquitur.
¡Ha muerto! y, sin embargo, su voz aún se escucha.

San Pablo. Epístola á los Hebreos. Cap. XI, v. 4.

Mis queridos hermanos en Jesucristo:

¡Veinte de julio de 1903! Fecha memorable en los anales de la historia; dia de consternación y de luto para más de trescientos millones de discípulos de Cristo!

La chispa eléctrica con rapidez vertiginosa, comunicó á las cinco partes del globo terráqueo un infausto suceso: ¡León XIII, Pontífice Máximo. ha muerto!

¡Ha muerto! y tan sensible noticia, pronunciada de boca en boca, llenó de amargura y profundo sentimiento los corazones de los fieles.

¡Ha muerto! y la Iglesia Universal vístese de riguroso luto, porque extinguióse el sol del mundo católico.

¡Ha muerto! y los príncipes de la Iglesia, sacerdotes y religiosos, y todos los que militan bajo los gloriosos pendones de Cristo, manifiestan con sus lágrimas ardientes, acerbo dolor y honda pena; porque es grande la pérdida del Pastor de los pastores, del sucesor de Pedro y augusto Vicario de Jesucristo, del Estadista insigne que brilló durante tántos años.

¡Ha muerto! y el tañido sonoro del bronce sagrado, con sus fúnebres lamentos, acompaña al duelo universal.

Desapareció para siempre del escenario del mundo la majestuosa figura del Gran León de los siglos XIX y XX; pero, ese astro de primera magnitud que, hoy sin duda y como lo esperamos, brilla en el Cielo de la Iglesia triunfante, aún derrama á torrentes sus resplandores, iluminando al mundo moral y al mundo de las inteligencias.

Nunca, señores, la desaparición de los grandes héroes deberá producir congoja absoluta en el ánimo de los que, en esta vida, continuamos en la encarnizada lucha. El recuerdo de sus obras,

de sus virtudes y ejemplos luminosos, forma un conjunto de bellezas y lumbres que nos encantan, nos estimulan y edifican. De manera que, nuestra amargura en cierto sentido, únese á la más grata esperanza, y nuestro duelo mézclase con alegría, y, ¿por qué, señores? porque los apóstoles de la caridad y los grandes genios nunca mueren; viven y vivirán en la conciencia humana; viven y vivirán siempre en los corazones de los hombres. ¡León XIII vive! De aquel buen pastor, aún se sienten los toques de su paternal cayado; todavía repercute la voz de ese infatigable misionero del Evangelio; ¡ha muerto! y sin embargo su voz aún se escucha. *Defunctus, adhuc loquitur.*

¡Vive! y el padre amoroso y tierno que tanto trabajó por el bien de sus hijos hace que nos agitemos todavía con sus dulces y benefactoras influencias.

¡Vive! y el celoso obrero apostólico, cuya figura gigantesca se levanta en medio de los pueblos cultos, continúa señalando á los hombres los derroteros seguros para arribar al puerto de la felicidad, haciendo que su memoria perdure y sea venerada por los buenos.

¡Vive! porque la caridad de Cristo nunca se enfría, jamás se extingue. Las obras del esclarecido León XIII en beneficio de la Iglesia, en pro de la clase obrera, y, en una palabra, de la civilización y progreso humanos, son monumentos de gloria que lo inmortalizan.

¡Vive! porque las enseñanzas de tan ilustre Doctor, queridas por los católicos y aun apreciadas por los disidentes, han quedado grabadas en los mármoles y en los bronces, en las páginas de la historia y en el fondo de las almas. El espíritu de León se siente por doquier; sus Encíclicas sublimes que moralizan y santifican, continúan siendo poderosos diques para contener el aluvión de los errores y disolventes principios. *Defunctus, adhuc loquitur.* Ha muerto! y sin embargo, su voz aún se escucha.

¡Vive! y el Papa Restaurador, *Lumen in Cœlo*, sigue su marcha triunfal en todas partes, y aun en medió de los pueblos paganos.

Puesto que el augusto Jerarca de la Iglesia, de grata memoria, vive en nuestros corazones; puesto que los trofeos de sus victorias encuéntranse en todas partes, justo es que dediquemos nuestro celo y energías para loarlo dignamente sin hipérboles ni ditirambos. ¡Ah, señores! si alguna vez quisiera tener la arrebatadora elocuencia del Aguila de Meaux y los delicados pinceles de Murillo ó de Rafael de Urbino, sería en esta ocasión, en que me propongo trazar á grandes rasgos, el brillante cuadro de la vida de León XIII. Mi elocuencia, señores, no será otra que la de un hijo que hablará de las glorias de su padre.

León XIII, enviado de la Providencia, fué el gran Restaurador.

Señores: os pido vuestra benevolencia.

I

La Iglesia de Jesucristo, sociedad perfecta, establecida por El para que fuese amparo y protectora de los hombres, ha recibido al través de los siglos y de las edades, constante asistencia de Dios. Cierto es que se presentarían acto continuo encarnizadas guerras entre la luz y las tinieblas, entre la verdad y el error. El paganismo haría desesperados esfuerzos, asistido por el ángel del averno, para destruir la magna obra consumada por el Nazareno divino sobre las ensangrentadas rocas del Gólgota; la cuchilla de los verdugos atizada por el despotismo de los Césares, anegaría ciudades y campos con sangre inocente de los cristianos; los Nerones y los Trajanos, los Dioclecianos y Majencios, serían los satélites de Belial para llevar á cabo su nefanda obra destructora. Pero, su poder fué impotente ante la omnipotencia divina; quizás olvidaron las proféticas palabras del pagano Gamaniel: "las obras de Dios no mueren."

¡Ah, señores! la sangre de los héroes del Cristianismo corrió á torrentes en las provincias romanas: desde San Pedro hasta San Clemente, desde San Evaristo hasta San Víctor I, y, desde San Zeferino hasta San Marcelo I, pasan más de tres centurias de persecuciones tan sangrientas, pero de triunfos tan gloriosos para la Iglesia.

Las obras meritorias de los augustos Vicarios de Cristo; sus tribulaciones y dolores; sus tormentos y sus martirios, hacen que se extienda rápidamente el reinado de Jesucristo, y que sus carísimos intereses sean aumentados de una manera asombrosa. El humilde pescador de Galiléa, será el primero que, valiente é invicto, estimule á sus ilustres sucesores con el ejemplo de su constancia, de su heroísmo, de su abnegación y sacrificio.

II

Los Papas, en efecto, son los Vicegerentes de Cristo en la tierra y están llamados cual ninguno á defender, protejer, ensalzar y glorificar á la Iglesia. Esta es su misión.

Así vemos, señores—repetirè con un ilustre orador contemporáneo (1)—"recorriendo ligeramente la gloriosa serie de los "Pontífices á travès de la historia, que cuando Dios quiere establecer el fundamento de su Iglesia, demostrar su divinidad, no "busca ningún César ni ningún Rey, ningùn sabio ni ningún "opulento; va á buscar allá en las orillas del lago de Nazaret, á "un pescador rudo y humilde, y, llamándole para que le siga.

(1) Pidal y Mon. Discursos y artículos literarios.

"lo envia en su nombre á Roma; y aquel pescador judío entra un "día en la Roma de Nerón, desconocido. despreciado por los or- "gullosos romanos que le rodean á lo largo de la Via-Sacra, llena "de monumentos, y entra en Roma ¿á qué? ¡á morir clavado en "una cruz como un malhechor! y, sin embargo, el suplicio de San "Pedro en el Montorio, es la cuna sagrada de la interminable di- "nastía de los Pontífices Romanos.

"Y sus sucesores inmediatos, destinados á consolidar la fe, "¿dónde los busca? no los busca en los palacios, ni en el foro en- "tre los grandes políticos, ni en las escuelas entre los grandes fi- "lósofos, no: los busca allí en el misterioso seno de las obscuras "catacumbas, y allí los escoge, no para vencedores, sino para "hostias destinadas al sacrificio, como mártires que van here- "dando de unos en otros el derecho al tormento, que es el verda- "dero solio y el único trono en que resplandece la majestad de "los Pontífices Romanos y la divinidad de su Iglesia."

¡Ah!—repetiré con él mismo orador—"*en nada, ó en casi "nada brilla tanto la Providencia de Dios en favor de su "Iglesia, como en la economía divina que preside á la provi- "sión de sus Pontífices, según las necesidades sociales de "cada momento histórico.*"

En estos instantes solemnes, no puedo menos que recordar algunos hechos de los Papas, ilustres héroes que tanto han trabajado por la civilización de los pueblos; nada ha podido detenerlos en su benéfica propaganda; con ánimo esforzado, fielmente han cumplido sus altos compromisos que contrajeran con Cristo para iluminar al mundo con la lámpara del Evangelio; libertar á las masas de las tinieblas de la ignorancia; contener el desborde de la tiranía de los déspotas; cobijar bajo el manto de su misericordia á los desheredados de la fortuna, y llevar al seno de la sociedad la paz y la bienandanza. Vamos á los hechos, que siempre hablan con mayor elocuencia.

León I el Magno, contuvo, cerca de Mantua, al feroz Atila rey de los hunos, y, más adelante con la unción de su palabra, en las puertas de Roma, suaviza la tirania de Genserico, rey de los vándalos; Silvestre II, llamado por sus contemporáneos con el renombre de *mágico*, entusiasma á las muchedumbres con su portentoso saber; el gran Gregorio VII, campeón esclarecido, liberta á la Iglesia, obteniendo su independencia espiritual en sus luchas con Enrique IV; el ilustre Agapito I, á quien Gregorio Magno llamó *trompeta del Evangelio y heraldo de la justicia*, con invencible firmeza sostuvo los derechos de la Iglesia contra las pretensiones de Justiniano, el célebre Inocencio III, quien por su sabiduría mereció el nombre de *padre del nuevo derecho*, para condenar los errores de los albigenses, celebró el concilio general IV de Letrán, defendió con heroísmo apostólico los principios de eterna justicia y la autonomía del Pontificado. Cuando Inocencio dejó de gober-

nar, se encontraba en el apogeo de su gloria, envolviendo el fin de la carrera de aquel que tan noblemente sostuviera los intereses de la cristiandad y que recordara sin temor á los príncipes reinantes las prescripciones de la moral y los deberes del trono; León X dió el nombre á su siglo, de cuyo pontificado dijo muy bien un ilustre escritor inglés: [1] "fué célebre en los anales romanos como una de sus épocas más felices;" Paulo III, Gregorio XIII, Sixto V, Pío V, Benedicto XIV, Pío VI. Pío VII, Pío IX.... decidme, señores, ¿es cierto que toda esta pléyade esclarecida de varones apostólicos, cumplieron con aquel mandato de Jesucristo: «Vosotros sois la luz del mundo; vosotros sois la sal de la tierra?» ¿es cierto que tan denodados atletas se sacrificaron, hasta el martirio muchos de ellos, para continuar la magna obra de la redención y libertar á los hombres de la esclavitud del pecado? ¿Es cierto que han derramado rayos de luz sus virtudes eximias, suave perfume la santidad de su vida, y exquisito aroma la pureza de sus costumbres?

Pero, señores, ha desprendídose de mis lábios en estos instantes, el simpático nombre de Pio IX el Grande; del Pontífice de la Inmaculada; del Papa *Crux de cruce*, que mereció ornar su frente con la diadema de los mártires. ¡Ah!.... por eso, señores, repito con el escritor católico francés Luis Veuillot: "La fe y la "bondad fueron los rasgos dominantes de aquella fisonomía en "que se juntaron todos los esplendores morales. La fe no cono- "ce límites; la bondad sólo está circunscrita por las necesidades "de la justicia. Esos dos soles, la fe y la bondad, giraron en una "inteligencia vasta como el cielo."

"Nunca aurora alguna dejóse ver más esplendente, con ma- "yores aclamaciones, ni pareció anunciar años más felices." Sin embargo, el bondadoso, manso y humilde Pontífice, pudo contar los días de su pontificado por las tempestades que le asaltaron.

Pero, Pío IX el Magno, lleno de serenidad combatió al espíritu del mal; siempre derramó á torrentes sus doctrinas sapientísimas para disipar las tinieblas del error. Fué grande en lo próspero y en lo adverso; grande en la vida y en la hora de la muerte.

¡Por un decreto providencial apagóse aquel esplendente sol de virtudes cristianas!

III

Horrísonas tempestades político-sociales amargaban en aquella época los corazones de los buenos; doctrinas disolventes, principios antievangélicos y el más protervo excepticismo hacían gemir á la augusta Esposa de Cristo, la santa Iglesia. Los venenosos

(1) Mr. Roscoe. Vida de Lorenzo de Médicis.

dardos de la impiedad, herían vivamente á la juventud; los maquiavélicos trabajos de la demagogia, escarneciendo à la religión civilizadora del Crucificado, proponíanse socavar hasta los cimientos de la sociedad católica si posible hubiera sido; la tenaz propaganda del sectarismo penetrando con astucia satánica hasta en los pueblos del Oriente; el nihilismo ruso fomentado por Bakounine y Kropotkine; el carbonarismo italiano; el socialismo de Gotha y Carlos Marx.... todo este conjunto de calamidades llenaba de consternación y espanto á los pueblos todos. Pero la Iglesia y los pueblos dirigían sus miradas al Cristo del Calvario, recordando con fe y esperanza sus palabras inmortales: "*mas confiad,* "*yo he vencido al mundo.*" "*El cielo y la tierra pasarán, pe*"*ro mis palabras no pasarán.*" "*Yo estaré con vosotros hasta* "*la consumación de los siglos.*"

La revolución que hablaba por medio de la impía prensa, profetizó socarrona é hipócritamente el hundimiento del trono de Pedro; los filósofos anticristianos, con la sarcástica risa de Voltaire, aplaudían tales profesías. Pero, he aquí, señores, un nuevo y glorioso triunfo del Nazareno: de repente, apareciendo brillantes horizontes que presagiaban un risueño porvenir, se escucha en la vasta nave de la Iglesia de San Pedro, la voz trémula pero sonora y fuerte del Cardenal Catterini que, dirigiéndose á las muchedumbres, dijo: "os anuncio nuevas de grande alegría; tenemos "Papa; y es el Eminentísimo y Reverendísimo Joaquín Pecci, "Cardenal sacerdote del título de San Crisógono, que ha tomado "el nombre de León XIII."

En ese momento solemne, la campana de San Pedro se hizo escuchar en la ciudad de las siete colinas; el pueblo romano, con febril entusiasmo, saludó el advenimiento del nuevo Jerarca de la Iglesia, y con sobrada razón, porque encontrábase ya sentado en la silla de Pedro, el humilde pastor que conduciría á su rebaño al puerto de la felicidad; el gran doctor que, con los fulgores de la virtud y de la ciencia iluminaría á sabios é ignorantes; el hábil jurisconsulto, teólogo profundo, ilustre publicista y diplomático consumado que, empuñando en sus manos el pabellón de la Cruz, cual mensajero de la Providencia, sería el gran Restaurador. ¡Ah! que bien dijo el historiógrafo inglés O'Reilly: "La resplan- "deciente solitaria estrella que en el escudo de la antigua fami- "lia de Pecci esparce apacible fulgor, pudo parecer á algunas "personas como augurio de la aurora que iba á despuntar en el "horizonte y anuncio de la esperanza de días mejores para el "Sumo Pontificado y para toda la cristiandad. Desvaneciendo "todo lo que naturalmente podía esperarse, y dando por fallidas "las más rotundas sentencias y afirmaciones de los profetas po- "líticos de uno y otro mundo, la supremacía moral alcanzada "por León XIII, en virtud de la nobleza de su carácter, por la fir- "me y tranquila dignidad de sus cartas oficiales, por su incompa-

"rable elocuencia y por la elevación de sus en eñanzas comuni-
"cadas á la Iglesia Universal, ha desarmado todas las hostilidades
"y prevenciones."

Sí, señores, León XIII el Magno, rey prisionero sin cañones ni bayonetas, fué el árbitro de los destinos de la humanidad; rey de burlas y escarnecido con las chacotas de las fanáticas huestes demagógicas, recibió los homenajes sinceros y profundos de los reyes y príncipes católicos, y aún de los protestantes, ¿qué digo? hasta los soberanos del Asia, enviando sus embajadores, demostraron admiración y afecto al Supremo Jefe de la cristiandad. Fué la luz del cielo que se atrajo todas las miradas de la tierra.

León XIII, en ambos hemisferios, hizo la evolución más gigantesca que se ha contemplado en los tiempos modernos: con razón el mundo tenía puesta en él su más halagüeña esperanza. A Dios gracias, sonó la hora de la gran restauración que llevaría al terreno de la práctica el titán del siglo, León XIII

Los grandes apóstoles que envía Dios á este mundo, El con su munificencia paternal, adórnalos de todas las virtudes, concédeles todos los dones y talentos á porfía, para ejercer dignamente sus altos destinos. Muy pronto el ilustre sucesor de Pedro comenzó á dar elocuentes pruebas de esta verdad.

Los primeros actos de su pontificado se dirigieron á restaurar la fe religiosa que, cual débil llama, parecía extinguirse en muchos pueblos del antiguo mundo. Como fruto benéfico de su paternal solicitud, restableció la jerarquía eclesiástica en Escocia por medio de la Bula «*Ex Supremo Apostolatus.*»

Sabidas son de todos, señores, las tormentas y agitaciones que produjeron en muchas partes del antiguo continente las peligrosas doctrinas del socialismo que, como muy bien comprendéis, han sido la causa inmediata de los desbarajustes más escandalosos, lo mismo que han engendrado en el corazón de los hombres pasiones turbulentas é innobles hasta el grado ¡quién lo creyera! de dar á luz en estos últimos tiempos la espantosa hidra de la anarquía, que lleva su infernal obra de muerte por medio de las bombas de dinamita y del puñal. Ahí están los nefandos hechos consumados que no me dejarán mentir; ahí están los pueblos aún llenos de terror, por los crímenes de Pietro Santo, de Angiolio, de Franch y Zoologoz; todavía huméa la sangre de Mr. Carnot, Presidente de Francia; del célebre estadista Cánovas del Castillo; de la virtuosa Emperatriz de Austria; y de Humberto I rey de Italia.

Era necesario, por lo tanto, en vista de tales acontecimientos, emplear un medicamento especial y activo que sanase las llagas producidas por semejantes doctrinas. ¿A quién, mejor que á ninguno, le tocaba dar la voz de alerta en medio de tantas angustias, sino al Vicario de Cristo, Padre común de los fieles? Así, fué; León XIII, cual ángel tutelar, de nuevo alza la voz, toma en sus manos su fecunda pluma, brotando de ella otro documento

inmortal; me refiero á su bellísima Encíclica «*Quod Apostolici*,» contra el socialismo. ¡Qué lecciones tan útiles da á los súbditos para que sepan respetar los derechos de sus soberanos! ¡Qué enseñanzas comunica á los reyes y príncipes para saber gobernar! El mundo todo, rebosando de alegría, agradeció profundamente al sabio Pontífice su óbolo benéfico con el cual contribuía á resolver el problema social.

León XIII, continuando la obra de restauración, pone en práctica su gran celo, á fin de que sus ovejas no sean destruidas por el vendaval del mundo ó devoradas por el espíritu del averno. El sabio Pontífice, como guardián de la fe de Cristo, debe hacerse escuchar de todos sus hijos, para cumplir con el precepto de Dios comunicado al profeta Isaías: «*clama, no ceses, levanta como una trompeta tu voz.*»

El esclarecido Jerarca tuvo siempre como su más bello ideal, la conversión de las ovejas descariadas y que la antorcha de la fe iluminara por doquier. Es el primero en cumplir con el mandato de Jesús: *Docete omnes gentes, predicate Evangeli omni creature,* Enseñad á todas las gentes, predicad el Evangelio á toda criatura. Como testimonio elocuente de su celo apostólico, publica su hermosa Encíclica «*Sancta Dei Civitas*,» prescribiendo se continúe la pía Asociación que en Francia hace muchos años tomó el nombre de la Propagación de la Fe, lo mismo que la de la Santa Infancia y las Escuelas de Oriente.

La actividad asombrosa de esta gran lumbrera de la Iglesia, que ponía toda su inteligencia para aliviar los dolores de la humanidad, consideró que el naturalismo por una parte, y las doctrinas del socialismo sin Dios, se unían para desterrar del seno de los pueblos las consoladoras enseñanzas del Evangelio; la codicia, fuente de muchos males; el empeño decidido por atêsorar riquezas; el amor exagerado al vil metal, hacían olvidar las prescripciones de la augusta Religión, debilitándose por consiguiente la caridad. Como consecuencia fatal de ese triste estado de cosas, existía en cierto sentido una vergonzosa esclavitud sobre la clase industrial. No hay que dudarlo, á muchos opulentos, por acaparar dinero, les importaban poco ó nada los sufrimientos de los pobres. Se hacía necesario que el gran León hablase para defender los fueros de la justicia, del derecho y de la libertad de los obreros. En efecto, así lo hizo tan solícito y tierno padre, dirigiendo á todo el orbe cristiano la Carta Encíclica *Rerum Novarum*, en 15 de mayo de 1891. Gran documento, admirado por los sabios como una obra maestra, pues el Sumo Póntífice tuvo el fino tacto de que, al cobijar á los obreros bajo el manto de la protección, no molestó en lo más mínimo á los amos, á quienes dió sabias reglas y consejos de prudencia, para que coadyuvasen á la feliz suerte de los pobres.

Infatigable el Supremo Pastor en la restauración de la fe, en

ambos mundos; deseoso de que los pueblos gentiles se aprovechasen de las civilizadoras doctrinas del Divino Maestro, dirige una carta al Emperador del Japón, lo mismo que á las cortes de Pekín y de Persia, y, con su portentosa sabiduría y alta diplomacia, obtiene de esos soberanos notables franquicias para la Iglesia Católica, de tal modo que los misioneros del Evangelio comenzaron á ejercer su sagrado ministerio con mayor libertad. A este propósito, sabemos y tenemos pruebas fehacientes para asegurar que el glorioso pontificado de León XIII, además de haber llevado la jerarquía principal de la Iglesia al Africa, á América, á la Oceanía, fueron establecidos dos patriarcados, 37 arzobispados, 161 obispados, 62 vicariatos y 24 prefecturas. Los éxitos sublimes de las misiones católicas, en los cinco lustros que gobernó el hábil piloto la navecilla de Pedro, fueron colosales. De 180,000 católicos que antes existían en China, él vió elevarse esta cifra á 1.000, 000, á otro 1.000,000 asciende la población católica de la Indo-China, que antes no contaba sino con 320,000. Los 22 misioneros del Indostán se han convertido en 2,000 y el fruto de sus catequizaciones una población católica de 2.000,000 de habitantes en vez de los 475,000 que antes había En Australia y Nueva Zelandia hay ya otro 1.000,000, y 8.150,000 en toda la Oceanía. En el Japón se crearon cinco obispados para 45,000 católicos, y en Argel, Túnez y Egipto, hay ya más de 500,000 bautizados, así como 40,000 en el Sur de Africa y 40.000 de raza malgacha en Madagascar. En la América latina la población católica es de 40. 000,000 y á 13.000,000 se eleva la de la América anglo-sajona del Norte. En el Canadá existen más de 500,000 católicos y 72, 796 en Terranova.

Decidme, carísimos hermanos, si con estos numéricos datos no podemos asegurar que León XIII el Magno, es el Pontífice de la Restauración?

Señores: sabidas son de todos, los vastos conocimientos en ciencias políticas y sociales, lo mismo que la gran diplomacia de este insigne Papa. Recordaréis las convulsiones político-religiosas que existían al principio de su pontificado; la tirantez entre el Vaticano y las cortes de Alemania y Rusia. En la primera de estas se hacía cruda guerra á la Iglesia, á la Santa Sede y á sus sabios y valientes defensores, de tal manera, que en las húmedas mazmorras gemían algunos príncipes de la Iglesia como el denodado obispo de Posen. El campeón principal en esa lucha encarnizada fué el canciller de hierro, Bismarck, que unido con el doctor Falk, introdujeron en las Cámaras prusianas inicuas leyes que conculcaron la justicia y la libertad. Las órdenes religiosas fueron disueltas; abolida la educación religiosa de los colegios y escuelas dirigidas por el clero; poníase cortapisa á los jóvenes que aspiraban á la carrera sacerdotal; innumerables atravesaron las fronteras del imperio para comer el amargo pan del ostracismo

en otras partes; en fin, muchos millones de católicos sufrieron cruel persecución, tan sólo por llevar el honroso título de discípulos de Jesús. ¡Ah! que bien dice un moderno historiador: «fué aquel un atentado del poder civil contra el eclesiástico, de los más bárbaros y despóticos que se registran en la historia.»

León XIII, deseando poner término á las tribulaciones de la iglesia germánica, comenzó por dirigir una Carta á los arzobispos y obispos de Prusia, en 1° de enero de 1886, que por cierto llenó de consuelo y esperanza á tan distinguidos héroes cristianos. Después el diplomático Pontífice, sin sacrificar ninguno de los derechos de la Iglesia, firmó un muy honroso tratado con el Emperador Guillermo II, que dió por consecuencia la restauración de la soberanía social de Jesucristo en todo el Imperio, puesto que incontinenti quedaron abolidas las opresoras leyes de mayo, volviendo, en consecuencia, las Ordenes Religiosas y todos los que se encontraban en el destierro.

Míentras que el altivo canciller Bismarck caía de las alturas del poder, bajo el peso de vergonzosa derrota, el Cristo del Calvario volvía á recibir los homenajes de amor de todos sus discípulos que encontrábanse en la patria de San Bonifacio. Entre tanto que el orgulloso ministro consumíase de coraje al ver destruida su nefanda obra, el Kaiser alemán estrechaba las manos del augusto Pontífice en la Ciudad Eterna. La acción de la Providencia tr unfó una vez más. Decidme si con este hecho grandioso, del cual quedó estupefacto el mundo sabio, no tengo razón al asegurar que León XIII es el Pontifice de la Restauración?

Hacía mucho tiempo que, á consecuencia del fanatismo político, la Iglesia católica sufría gran detrimento en el vasto imperio moscovita; la prensa europea daba detalles de las vejaciones de que eran objeto los discípulos de la Cruz. Por demás está decir que los intereses de Jesucristo afectábanse sobremanera, y todos y en particular los católicos polacos, esperaban muchísimo del talento proverbial y de la sabiduría del Doctor infalible de la Iglesia León XIII, afectado por el curso de los sucesos, trabajó y puso de relieve una vez más sus altas dotes de brillante diplomático. A despecho de la intransigencia artera, de los trabajos del periodismo ruso y de las intrigas palaciegas, el Emperador Nicolás II da la paz á sus súbditos católicos debido á las gestiones eminentemente humanitarias de León XIII. El Czar, queriendo dar una prueba más de alta estima al Soberano Pontífice, envió un Embajador cerca de la Corte del Vaticano. ¡Oh, señores! un triunfo más del Papa *Lumen in Cœlo*, y, ¿no sera justamente el Pontífice de la Restauracíón?

¿Recordáis vosotros el gran movimiento que verificóse en la patria de Washington, en el año de 1884? Deseoso León XIII de dar mayor vuelo á la Iglesia católica en la gran república del Norte, promulgó la Bula «Rei Catolicæ incrementum,» convocando

un Concilio nacional en los Estados Unidos que debía reunirse en la ciudad de Baltímore. En efecto, la augusta Asamblea se reunió presidida por el Arzobispo Gibbons, hoy Cardenal, y con la asistencia de 83 prelados. Los trabajos de tan ilustres príncipes, dieron por resultado la organización de la Iglesia y la uniformidad de su disciplina. Sabed, señores, que el frondoso árbol del catolicismo ha extendido y multiplicado sus ramas produciendo opímos frutos en todos los pueblos de la Unión americana del Norte. ¡Quién creería, señores! en 1773 apenas existian 25,000 católicos en los pueblos norteamericanos, y hoy suben á la respetable cifra de 13.000,000!

Jamás descansaba el espíritu de León XIII; increíble parece que aquel nonagenario delicado, tuviese tantas fuerzas para atender sus multiplicadas labores. Cada día eran más brillantes sus triunfos apostólicos, que tenían gran resonancia en ambos mundos.

Señores: los intereses de la Iglesia católica en Norte-América, viéronse amenazados con el problema del llamado «*Americanismo Católico*», cuyas opiniones harto libres, en manera alguna estaban de acuerdo con la doctrina, disciplina y espíritu de la Iglesia. Como algunas personas notables y más ó menos instruidas sustentaban festinadamente tales opiniones, era natural que los espíritus se intranquilizaran y que se levantase en las conciencias molestas dudas. Muy pronto el sol del Vaticano hizo desaparecer las tinieblas, cesaron las polémicas y volvió la paz á las almas agitadas, con la brillante Carta «*Testem Benevolentiæ*» que León XIII dirigió al Cardenal Gibbons, en 22 de enero de 1899, en la cual condenó todos los errores del «*Americanismo.*» El problema fué resuelto. Tanto el episcopado como el clero y fieles católicos norteamericanos aplaudieron al ilustre Pontífice adhiriéndose á sus sabias doctrinas. No hubo más cuestión. El triunfo del augusto Jerarca fué completo. Tras la tormenta vino el arco-iris reflejado desde el Vaticano.

IV

Así como el sol estiende sus rayos por el orbe entero, León XIII, con su sabiduría derramó torrentes de luz en beneficio de todos los pueblos; prueba convincente son sus Cartas dirigidas á los Obispos de España, Italia y América, con motivo del Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, en 16 de julio de 1892; á los Obispos de la India, para la fundación de seminarios, en 24 de junio de 1893; á los Obispos de Hungría, en 2 de septiembre, y á los Obispos de España en 25 de octubre del mismo año; á los Obispos del Brasil, en 2 de julio de 1894; á los Obispos de los Estados Unidos, en 6 de enero de 1895; á los Obispos de Alemania, Austria y Suiza en 1.º de agosto de 1897; á los Obispos del Ca-

nadá con motivo de la cuestión de las escuelas, en 8 de diciembre del mismo año; á los Obispos de Escocia sobre el magisterio de la Iglesia, en 25 de julio de 1898; la brillantísima Encíclica «*Annum Sacrum*» en 25 de mayo de 1899, consagrando la humanidad al Sagrado Corazón; á los obispos de Francia prescribiendo los estudios de los seminarios, en 1°. de septiembre del mismo año; y á los Obispos de Italia sobre la educación eclesiástica, en 8 de diciembre de 1902. Estas Cartas y otras Encíclicas, forman el conjunto de 63 importantísimos documentos. ¡Qué fecundos trabajos! ¡Qué admirable constancia! ¡Qué energía tan sublime!

En esta ocasión y á este propósito, repetiré con un esclarecido escritor: (1) "Como los faros colocados en los puertos para "que indiquen al navegante dónde ha de encontrar el refugio de- "seado, en medio de una desecha borrasca, así las Encíclicas de "León XIII son otros tantos faros para el pobre mortal, que ro- "deado por todas partes de falacias y argucias, no sabe ni acier- "ta por sí mismo á descubrir la verdad, ni distinguirla del error."

Pregunto ahora, señores, si con tan elocuentes testimonios, León XII, no merecerá el título del gran Papa Restaurador?

Así como fué palpable el celo que León XIII demostró por la gloria de Nuestro Señor Jesucristo; así es indiscutible que fué el más ardiente propagandista de las glorias de su Santísima Madre la Inmaculada Virgen María: prueba patética y convincente son las once Encíclicas que en diferentes años publicó, recomendando al pueblo católico la devoción á la Virgen, bajo el título de Nuestra Señora del Rosario; así, él mismo lo expresó, con los siguientes bellísimos conceptos: (2) "En tiempos cristianos y "angustiosos ha sido siempre el principal y solemne cuidado de "los católicos, refugiarse bajo la egida de María y ampararse á "su maternal bondad; lo cual demuestra que la Iglesia católica ha "puesto siempre y con razón en la madre de Dios toda su con- "fianza."

"La historia antigua y moderna y los fastos más memorables "de la Iglesia recuerdan las preces públicas y privadas dirigidas "á la Virgen Santísima, como los auxilios concedidos por ella; "é igualmente en muchas circunstancias la paz y tranquilidad "públicas obtenidas por su intercesión. De ahí esos excelentes "títulos de Auxiliadora, Bienhechora, y Consoladora de los cris- "tianos, Reina de los ejércitos, y Dispensadora de la victoria y de "la paz con que se ha saludado Entre todos estos títulos es muy "especialmente digno de mención el del Santísimo Rosario, por el "cual han sido consagrados perpetuamente los insignes beneficios "que debe la cristiandad."

---

(1) Don Ramiro Fernández Valbuena.

(2) Encíclica "*Supremi Apostolatus.*"

V

Señores: la portentosa Vida de León XIII puede resumirse en el siguiente dístico latino, que él compuso antes de bajar á la tumba:

Justitiam colui, certamina longa, labores,
Ludibria, insidias, aspera quoque tuli:
At fidei vindex non flectar: pro grege Christi
Dulce pati, ipsoque in carecere dulce mori.

"He cultivado la justicia; he sufrido largas batallas, fatigas, "insultos, emboscadas y adversidades de todo género. Pero "cualquier cosa que suceda, Vengador de la fe, no me doblaré "nunca: Por el rebaño de Cristo, dulce es sufrir y dulce morir "en una prisión."

Señores: como os manifesté al principio, desde que el cable submarino comunicó al mundo tan infausta noticia del sensible fallecimiento de León XIII, todos los pueblos hicieron manifestaciones de duelo profundo por la pérdida irreparable del Varón más esclarecido y egregio del siglo.

Voy á concluir; pero antes de bajar de esta Sagrada Cátedra, hago míos los conceptos elocuentes de un gran literato español: (1) "Realmente no existía al presente sobre la tierra hombre alguno cuya vida interesara á mayor número de hombres y por "quien las emociones de su grave enfermedad, de su ago- "nía y de su muerte tuvieran el privilegio de repercutir con la in- "tensidad de emociones propias en mayor número de corazones "afligidos. Por su representación moral, santa y augusta; por "sus virtudes y talentos personales de una elevación que no han "tenido semejantes en muchos siglos; por su larga historia y sus "largas luchas en el Pontificado, en el que ha hecho olvidar las "más críticas vicisitudes y los más celebrados nombres de sus "veinte siglos de existencia; del fondo obscuro del siglo que ilu- "minó en su aurora el genio renovador del primer Bonaparte, que "conmovió en su último tercio el genio reparador del teutón Bis- "marck, salido á dar nuevos ejes geográficos de equilibrio al "mundo, de aquellas regiones de donde cayeron en otros siglos "sobre el carcomido imperio de los Césares, para renovar la vida, "los aluviones bárbaros, y que cerró, desde el Nuevo Mundo, en "los Estados de la Unión Americana del Norte, con revelaciones "de un poder y de una fuerza que han de influir ya necesaria y "decisivamente en los más graves, profundos y universales pro- "blemas del porvenir, la figura de León XIII se destaca, rodeada "de un nimbo de luz, de paz, de esperanza y de gloria, prenda de "bienhechores auspicios, como en ninguna otra figura humana,

(1) Juan Pérez de Guzmán.

"desde Jesús, el fundador divino de la Iglesia cristiana, jamás se "había representado. Bajo este hombre, bajo este pontificado, el "Vaticano, centro de sus pensamientos y de su acción, se ilumina "con las lumbres de un nuevo Tabor. Bajo este hombre, bajo "este pontificado. la palabra divina salida de sus labios ó de su "pluma renueva las maravillas de una nueva suma de reden-"ción. Bajo este hombre, bajo este pontificado, surge, como un "nuevo dón celeste más imponente que nunca, la imagen esplén-"dida de la humana fraternidad, no en promesas, sino en obras, "no en símbolos, sino en realidades. Bajo este hombre, bajo es-"pontificado, por vez primera también después de tantos siglos. "la humana familia cristiana se siente como reconstruida de nue-"vo en una unidad cierta, segura, tangible, esperanza indeficiente "de un vínculo inmediato más estrecho y universal. Bajo este "hombre, bajo este pontificado, el orbe por vez primera goza en "brazos de esta recuperada fraternidad la dádiva preciosa de la "armonía y de la paz. ¡Qué emoción no habían de producir las "emociones de esta existencia que tocaba á su término, en la bre-"cha perpetua de su labor fecunda, en tantas luchas y en tantas "victorias para alcanzar resultados tan eminentes"

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo: elevemos nuestras humildes oraciones al Cielo y digamos desde lo más íntimo del corazón ¡Que el alma de nuestro Santísimo Padre León XIII, por la misericordia de Dios, descanse en paz, ya que su memoria sera imperecedera en el mundo, mientras que la virtud, el talento y el genio merezcan el homenaje de los hombres! *¡Pertransiit bene faciendo!*

Francisco Javier Torres

